

Ben Pastor

Kaputt Mundi

Traducción de Ana Herrera Ferrer

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Kaputt Mundi*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con el Piergiorgio Nicolazzini
Literary Agency (PNLA)

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com
Imagen: © Marc Owen / Arcángel Imágenes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2002, 2015 by Ben Pastor

© de la traducción: PUBLICACIONES Y EDICIONES SALAMANDRA S. A., 2006

Traducción de Ana Herrera Ferrer

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-116-9

Depósito legal: M. 4.727-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Aldo Sciaba y a todas las víctimas,
conocidas y desconocidas,
de las Fosas Ardeatinas.*

Roma caput mundi regit orbis frena rotundi.
«Roma, cabeza del mundo, sujeta las
riendas del orbe».

(Sello imperial)

Ipsa caput mundi bellorum maxima merces.
«La propia Roma, cabeza del mundo, es
el mayor botín de guerra».

Lucano, *Farsalia*, II, 655

Roma, 8 de enero de 1944

De nuevo el avión. De nuevo el animal. El mismo sueño en todos sus detalles, la misma reiteración obsesiva. Rusia, el verano pasado. Camino entre los negros muñones de los girasoles en dirección al avión caído, temeroso de lo que voy a encontrar allí. La voz de mi hermano resuena por todas partes, pero no comprendo una sola palabra de lo que dice. Sólo sé que es la voz de los muertos. Un rastro de sangre me precede y me sigue. Luego, el resto del sueño, como siempre.

Me despierto bañado en un sudor frío (esto también se ha convertido en algo frecuente) y durante un buen rato intento no volver a dormirme. Sólo sé que estoy soñando de nuevo cuando el sonido del animal detrás de mí me llena de pavor. Es un sonido rápido, chirriante, como si un perro grande subiese a la carrera por unos escalones de piedra. Yo subo y subo y las escaleras dan vueltas en una amplia espiral y una luz cegadora entra por unas ventanas al fondo a la derecha. Centímetro a centímetro acorta la distancia y sólo sé que es una hembra y que no se apiadará de mí. Sus garras suenan como el metal sobre la piedra pulida, mármol quizá. No puedo subir con la rapidez suficiente para escapar. Hojeando este diario veo que la primera vez que tuve este sueño fue la noche anterior a la emboscada de septiembre.

• • •

Martin Bora no pensaba en su pesadilla cuando entró en el hotel Flora desde la amplia avenida, muy temprano por la mañana. Un cielo atigrado clareaba detrás de los edificios de la ciudad, veteado aquí y allá por unas nubes como cintas. Via Veneto se iba llenando de luz, como un lento río que se remansa, un sábado que prometía ser frío y claro. Su alma estaba a salvo en su interior, bien guardada. La ansiedad no tenía lugar en sus horas de vigilia y, sorprendentemente, las cosas que antes le parecían divertidas se lo seguían pareciendo.

Media hora después, el inspector Sandro Guidi, de la policía italiana, se encontraba de pie ante la elegante mole del mismo hotel, protegiéndose los ojos del sol con la mano. En la entrada presentó su documentación a un joven soldado de rostro impassible. Mientras esperaba en el lujoso vestíbulo a que le dejaran subir, se felicitó por no haberse perdido de camino hacia allí, pero todavía se preguntaba por qué lo había convocado de forma tan inesperada el mando alemán.

En el despacho del tercer piso tuvo que esperar otra vez. Un empapelado muy bonito y cortinas a los lados de unas luminosas ventanas. Detrás del escritorio, un mapa detallado de la ciudad, un tablón de anuncios atestado, tres acuarelas de las antiguas calles de Roma, que parecían húmedas. En el escritorio se acumulaban los documentos, cuidadosamente apilados pero aún sin revisar, eso saltaba a la vista. Algunos mapas estaban doblados e introducidos en fundas transparentes bajo una libreta. Guidi había visto a algunos ayudantes de campo alemanes un par de veces. Le vinieron a la mente la franja escarlata de sus pantalones y el entorchado de plata que les cubría el hombro derecho y el pecho, con el brillo ceremonial de la jerarquía del ejército. ¿Qué podía querer de él el ayudante de campo del general Westphal? Pro-

bablemente se tratase sólo de una formalidad, o incluso de un error. Sin embargo, la voz que sonó detrás de la puerta le resultó inconfundible, porque su italiano carecía de acento.

–Buenos días, Guidi. Bienvenido a Roma.

Guidi se dio la vuelta.

–¡Comandante Bora! No esperaba encontrarlo aquí.

–¿Por qué no?

–Bueno, no lo esperaba después de lo que ocurrió en Lago el mes pasado.

Bora esbozó una sonrisa de satisfacción y Guidi observó su apostura, su educado desenfado, su discreción, cualidades que recordaba del pasado.

–Sí –dijo Bora–. El capitán Lasser de las SS tiene buenos amigos.

–¡Incluso aquí, en Roma!

–Yo también tengo amigos.

Bora invitó a Guidi a tomar asiento frente al escritorio, donde el único objeto personal a la vista era la foto enmarcada de una mujer, y se sentó en la esquina de la mesa sujetándose ligeramente la muñeca izquierda y la mano postiza enguantada que la remataba.

–Bien, ¿cómo es que le han enviado aquí? –preguntó–. Ayer pasé en coche por Santa María la Mayor y lo vi salir de la iglesia; lo habría reconocido en cualquier parte: el pelo rubio, larguirucho y siempre tan correcto. A su lado los demás quedamos en evidencia.

Guidi se encogió de hombros. La invitación comenzaba a resultar bastante halagadora y no estaba seguro de querer tal cosa. Era evidente que Bora no tenía ninguna razón para llamarlo allí, aparte de la pura amistad.

–Me han trasladado, eso es todo, pero nunca había pensado que vendría a la capital. Francamente, las ciudades grandes me intimidan.

Sin querer, Guidi se encontró comparando la elegante presencia del ayudante de campo con su aspecto desaliñado de paisano, pero el rostro juvenil de Bora expresaba cordialidad.

–Lo entiendo. No se preocupe, Guidi, conozco bien Roma. Le haré de cicerone. ¿Tiene algún caso ya?

–No sé si puedo hablar de eso aquí.

–Debe de ser el caso Reiner, entonces. Está en boca de todo el mundo. La gente se pregunta si era simplemente una secretaria de la embajada alemana que se cayó por la ventana de un cuarto piso. Bien, me alegro si lo han trasladado aquí para eso. ¿Dónde se aloja?

–En una casa de Via Merulana.

–Debería haber buscado algo más céntrico. ¿Está con usted su madre?

–No.

–Espero que se encuentre bien...

–Sí, gracias. –Guidi notaba la atenta mirada de Bora. Su relación en el norte de Italia había sido circunstancial, debido a los casos criminales en que de un modo u otro había alemanes implicados. La situación ahora era diferente, y no estaba acostumbrado a tratar con él sin un motivo concreto.

–Hay muchas cosas que valen la pena en la ciudad, ya lo verá. –Bora se puso en pie y Guidi interpretó acertadamente que la entrevista había acabado–. Nos vemos mañana a las nueve en punto.

–No sé si podré.

–Seguro que sí.

Bora se encaminó hacia la puerta con paso enérgico y Guidi observó que, cuatro meses después del ataque con la granada, su cojera era menos pronunciada. De hecho, tenía muy buen aspecto.

–Mi chófer lo llevará a casa.

–No es necesario, comandante.

–Sí lo es. Ha venido a pie. Tiene las orejas rojas del frío.

–La impaciencia de Bora hizo su aparición, y Guidi recordó también ese rasgo de su carácter–. Nos vemos mañana.

Después de la reunión Guidi se sintió furioso consigo mismo por haber dejado que Bora llevase la voz cantante y se impusiese sutilmente. En Lago ya había ocurrido de forma harto frecuente, cosa que lo contrariaba, pero la concisa fuerza del alemán era tan irresistible como molesta. Desprovisto de indulgencia, era la antítesis de Guidi, porque éste no estaba dispuesto a asumir tantos riesgos como Bora.

En el cuarto año de guerra la vida en la ciudad era gris, y el coche del ejército alemán recorría calles donde los escasos transeúntes también parecían grises. Guidi estaba impresionado por el enorme tamaño de Roma. Lejos de la provincia del norte (donde «alemanes» significaba Bora y su destacamento), la capital italiana, después de la pérdida del sur, se había llenado de miembros de la Wehrmacht y las SS, paracaidistas y aviadores; sus mandos se habían instalado en los mejores hoteles y se había prohibido a los civiles el acceso a las avenidas más elegantes. Roma estaba sitiada por dentro, por extraño que resultara. Muy extraño también ver a Bora con todas sus medallas. Guidi nunca se las había visto en el severo uniforme de campaña; sin embargo, daban cuenta de todo lo que había que saber militarmente de él.

Cuando el soldado alemán se apeó para abrirle la portezuela del coche, Guidi notó la mirada curiosa y hostil del vecindario clavada en él.

En cuanto a Bora, no perdió tiempo preguntándose si Guidi se había sentido obligado por su invitación. Al

cabo de unos minutos el general Westphal entró con una nota escrita en italiano.

—¿Qué pone aquí? Bora leyó.

—Dice: «Las mujeres no nos quieren ya / porque llevamos camisas negras. / Dicen que deberíamos ir encadenados. / Dicen que deberían llevarnos a la cárcel». Es una canción que cantan los fascistas en el norte.

—Pues es muy derrotista. Escriba una nota para Foa y el responsable de la PAI, la Polizia dell’Africa Italiana, y hágales saber que todo eso está muy bien para Salò, pero que no queremos que se cante en Roma. Si Foa se queja, échele la bronca.

—Señor, el general Foa no es un fascista, sino un héroe de guerra. No es aconsejable actuar con demasiada severidad.

—También es medio judío. Intimídele, y no le preocupe mostrarse antipático. Los ayudantes de campo no deben quedarse atrás a la hora de echar los perros a alguien.

Resultó que Foa era un anciano desagradable que no aceptaba la injerencia de los alemanes, y Bora acabó haciéndose un enemigo por la estúpida cancioncilla. Después de la llamada preparó un memorándum para la reunión de Westphal con el mariscal de campo Kesselring, que tendría que entregar él mismo donde éste se encontraba, a dos horas de distancia, en el árido macizo del monte Soratte. Los cazas aliados sobrevolaban como buitres todo el camino hasta aquel lugar, donde hacia el este la montaña distante dibujaba una silueta de piedra que guardaba un extraño parecido con Mussolini. El general Maelzer, comandante de la guarnición de la ciudad, convocó a Westphal, y antes de mediodía Bora ya se encontraba en camino hacia la guarida del mariscal de campo.

Volvió a la ciudad mucho después del toque de queda. En su escritorio le esperaba un mensaje del Vaticano con una nota garabateada por Westphal en el margen: «Informe al secretario de Estado del Vaticano de que acudirá mañana a primera hora para hablar del asunto en persona. Si es el cardenal italiano, diga que no; si es el alemán, diga que ya veremos. En cualquier caso, salúdeles de mi parte, etcétera. No se deje engañar por la cháchara filosófica de Hohmann. Infórmeme el lunes de todo esto y del viaje».

9 de enero

A las siete menos cuarto del domingo, un día frío y lluvioso en que las calles adoquinadas a lo largo de la muralla del Vaticano estaban resbaladizas por el hielo, Bora fue a ver a quienquiera que hubiese elegido la Secretaría de Estado para aquel encuentro. Secretamente esperaba que fuese el cardenal Borromeo, ya que lo conocía menos que al cardenal Hohmann y, por lo tanto, le resultaría más fácil mentir. Sin embargo, tuvo que reunirse con este último, que había sido obispo de Leipzig y enseñaba ética cuando Bora estudiaba en la universidad. El dinámico octogenario, que tenía fama de no aceptar nunca un no por respuesta, advirtió la preocupación del ayudante de campo y emitió una risita estridente.

—¿Qué es esto? ¿El general Westphal me envía a un paisano?

Bora se inclinó para besar el anillo del cardenal.

—¿Ha ido a misa?

—Pues no, eminencia.

—Entonces vaya a misa primero. Va a empezar una en la sala contigua.

Bora se removió inquieto durante el oficio, celebrado en la capilla del bello apartamento que se encontraba justo fuera de las fronteras del Vaticano y al que tenían prohibido el paso todos los soldados alemanes. A su vuelta, Hohmann comía unos dulces junto a una mesita.

–Si no ha tomado la comunión –comentó con un vi-varacho parpadeo de sus ojos azules–, eso significa que le han ordenado que me mienta.

–No he tomado la comunión –admitió Bora–, pero no por ese motivo. Eminencia, el general Westphal desea informarle de que investigaremos el asunto del arresto preventivo de civiles por las autoridades italianas.

–Eso es una mentira, porque no lo harán.

–También envía sus respetos a vuestra eminencia.

–Me importa un comino, comandante. –Hohmann tendió el exquisito plato de dulces a Bora, que lo rechazó, tenso–. ¿Qué fue del descarado universitario con quien yo discutía sobre el *Glaucón*?

–Las cosas han cambiado.

–Tonterías. De un sajón a otro, comandante Bora, diga a su general que quiero algo más que su palabra en este caso. Si no se hace responsable por escrito, el Santo Padre puede requerir verle personalmente, o ver al general Maelzer, o al mariscal de campo.

–Incluso el mariscal de campo tiene sus órdenes.

–¿Qué le habría dicho al cardenal Borromeo, de haber sido él el elegido para entrevistarse con usted?

–No estoy en disposición de decírselo.

Jovial, Hohmann se dio una palmada en la rodilla.

–Entonces, es «no». Le han dicho que a él le diga «no» y a mí «quizá». Bueno, supongo que eso significa algo.

–Ruego a vuestra eminencia que acepte el ofrecimiento verbal del general Westphal. Me temo que es lo mejor que podrá obtener.

–Nuestra eminencia la aceptará si usted le hace notar que se porta con nosotros como el prisionero de Platón con sus compañeros.

Bora le dirigió una mirada de frustración.

–Con todos mis respetos, no puedo decir al general que es ridículo.

El profesor que había dentro del cardenal se ablandó lo suficiente para acompañar a Bora hasta la puerta y darle un paternal apretón en el hombro.

–Está bien, comandante, no tiene que decírselo.

–Aun así, necesito una respuesta al ofrecimiento.

–La respuesta es no.

Más tarde, desde la balaustrada de la colina de Janículo, Roma se veía neblinosa por el humo. La gente quemaba cartones y muebles en sus cocinas, ya que el gas y la calefacción central estaban cortados. La vista tenía los colores oníricos de un lugar septentrional, una calidad flamenca de perspectivas brumosas, con aleros de tejado suspendidos y siluetas difuminadas. Pero las cúpulas traicionaban a Roma, al igual que las oscuras copas de los pinos y el montículo de mármol blanco que formaba el monumento de Víctor Manuel, un trono adecuado para un gigante.

–¿Cómo puede saber tanto de Roma si llegó hace sólo diez días?

Bora pensaba en Hohmann, cuya franqueza casi le había costado la vida en Alemania, y lentamente se volvió para responder la pregunta de Guidi.

–La primera mujer de mi padrastro vive aquí. Pasé muchos veranos con ella, por esa zona. –Señaló un lugar indeterminado en el centro de la ciudad, donde las venerables casas de ladrillos se apiñaban en torno a iglesias panzudas.

Durante las cuatro horas que habían pasado visitando monumentos, con una pausa para comer, la conver-

sación de Bora fue inquisitiva pero superficial, y no tenía visos de adquirir más profundidad. Así pues, Guidi decidió provocarle un poco.

–Comandante, ¿qué sabe del caso Reiner?

–No mucho. Si hay algo turbio, queremos que se resuelva.

–¿Y qué más?

–Eso es todo. Se rumorea que tenía varios novios... y alguna también.

Bora estaba muy tieso, con una rigidez irritante.

–No sabía nada de eso.

–Bien, eso prueba que somos capaces de mantener la boca cerrada.

–Han pasado tres semanas desde la muerte y no ha aparecido ni una sola palabra en la prensa. Me han dicho que el cuerpo todavía sigue aquí.

–Las cenizas. Fue incinerada a petición de la familia. Comprenderá que después de la caída no era cuestión de colocarla en un ataúd abierto.

–Tampoco se dice nada acerca de la autopsia. Y la llave de su apartamento no se ha puesto a disposición de las autoridades italianas.

–El edificio pertenece al gobierno alemán.

Guidi se irritó al ver que Bora no soltaba prenda.

–Así que es eso, comandante. Me han traído aquí para que, como recién llegado, entorpezca la investigación.

–No sé a quiénes se refiere con esos que le «han traído», pero los alemanes no son. Además, tiene una opinión muy baja de sí mismo. Quizá piensan que usted es el único que puede resolver el caso.

Durante los siguientes minutos Bora señaló varios monumentos entre la neblina e hizo comentarios sobre ellos. Guidi, todavía enojado, no estaba de humor para apreciarlos.

–Francamente, comandante –dijo con tono cortante–, después del asunto de Lago pensaba que estaría usted en el cuartel general, en Alemania.

Inesperadamente Bora sonrió.

–¿Por cuestiones de seguridad, quiere decir? ¿A causa de un imbécil como el capitán Lasser? –Se abstuvo de añadir lo cerca que había estado de suplicar aquella seguridad–. La guerra en Italia no ha terminado, ni mucho menos. Me gusta participar en ella.

–No sé por qué sigue metido en la guerra cuando podría ahorrársela.

Bora sacó una cajetilla de Chesterfield.

–No hablará en serio, supongo –Le ofreció un cigarrillo, sin coger uno él mismo–. Desde España, llevo siete años de grandes batallas. Por la gloria, Guidi, la maldita idea de la gloria... ¡Significa mucho más que una mano perdida o un colega idiota! España, Polonia, Rusia... me presenté voluntario para todos esos lugares. Estar en guerra es tan divertido como estar enamorado, cuando uno siente la necesidad.

Guidi no se dejó impresionar por la bravata.

–¿Es la única lección que puede sacarse?

–No. En España aprendí lo que hace una guerra civil a un país, de modo que no me importa estar aquí, en absoluto. Ya sé lo que se puede esperar. En cuanto a Italia, fue Albert quien me trajo aquí. –Bora se refería al mariscal de campo Kesselring, por el que sentía afecto, aunque su rostro se endureció–. Le aseguro, Guidi, que su rey cometió un error cuando se volvió contra nosotros. Haremos lo que debemos hacer, pero al final quedarán abandonados a su suerte.

–¿Quiere decir los italianos? Entiendo. Entonces ¿por qué busca mi compañía?

Bora miró el encendedor que sostenía.

–¿Es que tiene que haber un motivo? Esto no es una investigación policial.

–Alguien de arriba me ha encontrado un alojamiento en Via Paganini, «más céntrico». Me lo han notificado esta mañana y tengo motivos para creer que usted tiene algo que ver.

–¿Por qué?

–Eso es lo que le pregunto, comandante Bora. –Irritado, Guidi se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento. Era un buen abrigo, caro y nuevo, y estaba muy orgulloso y celoso de él en aquellos años tan malos. Bora apartó la vista y se encerró en sí mismo. El inspector no lograría sacarle nada más aquel día–. Creo que ya me ha enseñado bastantes cosas por hoy –agregó.

En silencio, caminaron por el mirador hacia el monumento a Garibaldi, donde Bora ordenó a su chófer que condujese al inspector de vuelta al trabajo.



10 de enero

Lo primero que preguntó Westphal el lunes fue:

–¿Qué demonios está pasando en Verona? ¿Al final los fascistas han decidido celebrar juicios por su cuenta?

Bora asintió.

–Han condenado a muerte a Ciano.

–¡Bien! Tiene mérito Mussolini por deshacerse de su yerno. No debería haber dejado su lucrativo puesto en el Vaticano. ¿Y a quién más, aparte de Ciano?

Bora no tuvo que mirar la lista.

–De Bono, Gottardi, Pareschi y Marinelli.

–¡Bah! Dos de éstos están decrepitos.

–Los fusilarán por traición mañana a las nueve.

–Se lo merecen. Ahora deme las malas noticias.

Bora informó de sus reuniones con Kesselring y Hohmann, y añadió que ya había pedido audiencia con el cardenal Borromeo para tantear al ala moderada del Vaticano.

–La peor noticia es que los americanos han cruzado el río Peccia. Llevaban allí desde el jueves, y ya lo han atravesado. Los franceses continúan al norte de Cassino y puede que se queden allí varias semanas.

–Entonces ¿todavía van lentas las cosas?

–Sí, todavía van despacio.

Westphal entró en su despacho. Al cabo de un rato lo llamó.

–El sábado hay una fiesta en la casa de Ott. Quiero que vaya si Dollmann también va. ¿Lo conoce? Bien. Siéntese a su lado. Para ser un SS, le encanta hablar –comentó Westphal con una sonrisa irónica–. Ya sabrá cómo es, claro.

–He oído rumores, general.

Bora no dijo que el más benévolo de ellos era: «Dicen que Dollmann se tira a su chófer».

–¿Rumores? Por Dios, sí que hice bien al elegirle. Ahora sólo tenemos que encontrar una forma de utilizar su otro talento... Aquél por el cual le hicimos venir aquí.

–Espero que no sea necesario.

–No se engañe. Todavía no hemos visto más que la punta de las actividades clandestinas que se avecinan. Pregunte a Dollmann en la fiesta. Por cierto, nos vamos a Frascati mañana, y en el camino de vuelta pasaremos por la costa. No saldremos hasta las siete, pero esté aquí a las cinco, como de costumbre.

–Aconsejo que salgamos a las seis y media. Los bombarderos americanos empiezan su actividad hacia las ocho.

–Así lo haremos. ¿Alguna novedad sobre el caso Reiner?

—Sólo que han encargado la investigación a un recién llegado. Oficialmente sigue siendo un «accidente», pero nosotros sabemos que no fue así.

—¿No estaba la puerta cerrada por dentro?

—O por fuera. Las llaves no han aparecido.

Por la tarde, Bora preparó dos itinerarios: uno desde Frascati a Anzio y por la costa hasta Lido, y luego de vuelta a Roma, y otro que tomaba el camino de regreso tierra adentro en Aprilia, bordeando los montes Albani por el sur. Su partida, sin embargo, se vio retrasada por los informes de nuevos combates en torno a Cervara.

El sol casi había salido cuando cruzaron el límite meridional de la ciudad y, mientras atravesaban el populoso barrio de Quadraro, ya se elevaba sobre el horizonte. Pasaron junto a casitas de estuco de un solo piso, pintadas de ocre y mostaza, con patios de postal cercados por vallas y pavimentados con losas de cemento. Había macetas con cactus cubiertos de escarcha junto a la puerta de las viviendas más pretenciosas, de tres o cuatro pisos de alto, con balcones de mampostería poco imaginativos. Bora leía sus notas al general:

—La tasa de nacimientos en este lugar es elevada... unos dos mil trescientos al año.

Westphal miraba por la ventanilla con expresión de desprecio.

—Fíjese en lo que le digo: un día de éstos vendremos aquí y sacaremos a todos los hombres y los colgaremos. Todos esos comunistas y socialistas, chusma desagradecida que ha venido aquí desde sus chozas del campo. ¡En este sitio puedes considerarte afortunado si no te hacen volar por los aires!

Bora había observado que el automóvil no llevaba los acostumbrados sacos de arena en el suelo. Una mina podía hacer explotar el chasis y matarlos a todos, sin esca-

patoria posible. De todos modos, su coche estaba bien provisto de sacos el día que le arrojaron la granada, y lo cierto era que no había servido de mucho. Tomó nota del nombre de las calles por si, llegado el caso, tenían que salir a pie de aquel barrio. A pesar de su posición en el estado mayor, llevaba la pistola normal de ordenanza al cinto. Debido a las misiones que le habían encomendado tenía una visión muy realista de las exigencias de la guerra, había explicado a Westphal, y éste había dicho que a él no le importaba.

A nueve kilómetros de Roma, cuando pasaron por la ciudad del cine de Mussolini, el general se arrellanó en el asiento y se mostró más afable.

—No necesito informes sobre esto, la mayoría de las amantes de sus colegas son de Cinecittà. —Bora levantó la vista del mapa topográfico que tenía extendido sobre las rodillas—. A Maelzer no le gusta, pero no puede hacer nada al respecto. Cada veinte minutos partía un tranvía en cada dirección... ahora todo está patas arriba.

No lejos de la carretera se veía la vieja vía férrea de Pío IX, que trazaba una línea recta paralela entre granjas y campos. Más allá de Osteria del Curato, la carretera hacia Frascati y la de Anagni divergían. El coche del estado mayor giró a la izquierda en el cruce y casi había alcanzado el monumento conocido como Torre del Medio (Westphal estaba indicando a Bora sus planes para el día) cuando dos cazas británicos irrumpieron por el sudeste, rápidos y bajos, y se acercaron a ellos.

A una orden de Westphal el chófer, que aterrorizado había virado bruscamente y se había salido de la carretera, volvió a ella y continuó el viaje. La primera pasada de los aviones fue ensordecedora, seguida por el rugido de los motores mientras se elevaban y luego daban la vuelta, seladeaban y volaban de nuevo hacia ellos.

–Nos bombardearán –advirtió Bora.

La expresión de Westphal era pétrea, pero jamás daría la orden de detenerse. Los cazas pasaron sobre ellos, con los cañones llameantes. Un estruendo seco de proyectiles hendió el aire, el asfalto voló en torno al coche y algunos fragmentos golpearon el parabrisas y las ventanillas laterales, trozos de metal sueltos rozaron las portezuelas y por un momento el ruido traspasó el umbral de lo audible y resultó hasta doloroso. Recortados contra el cielo despejado, los aviones habían dado la vuelta y se lanzaban de nuevo hacia ellos con la agilidad de peces mortíferos. Bora sabía que en la tercera pasada seguramente no fallarían. Delante de él, en un gesto ingenuo de autoprotección, el chófer frenó y se cubrió la cabeza. Westphal se preparó para la explosión; Bora, que llevaba una pluma en la mano, le puso el capuchón y se la guardó en el bolsillo. El ensordecedor rugido de los motores ahogaba sus pensamientos.

Entonces, ante los mismísimos ojos de los alemanes, los aviones se separaron y alzaron el morro, y sus vientres mate dieron paso al brillo de las carlingas cuando viraron para reunirse en el este. Una descarga retumbó en rápida sucesión desde un puesto antiaéreo emplazado en algún sitio. No tenían buena puntería, pero bastó para disuadir a los pilotos. En el súbito silencio que siguió se oyó claramente a Westphal blasfemar para sí.

Bora también hubiese hecho lo mismo, pero decidió anotar la hora en su libreta. Si alguno de los dos hombres estaba asustado, no dio muestras de ello. Cuando el coche volvió a arrancar, Westphal dijo:

–Olvidemos Frascati. Vamos directos a Aprilia, quiero hablar con algunos comandantes. ¿Quién es el responsable allí?

–El coronel Holz.

Holz, después de apelar inútilmente a Westphal, protestó diciendo que sus hombres tenían que permanecer en alerta.

–No creo que tenga elección –afirmó Bora.

–Y todo porque el mariscal de campo tiene la manía de la invasión –exclamó Holz–. Llevamos tres meses vigilando la maldita costa, ¡y el enemigo ni siquiera ha pasado el río Garigliano, veinticinco kilómetros en total! ¿De qué van a servir unas tropas cansadas? –Como Bora no se mostraba comprensivo, añadió–: Mire, comandante, veo que ha estado en Rusia... Sabe lo agotador que es mantener una línea.

–Peor es perderla.

–¡Maldita sea, no me está escuchando! ¡Hablaré directamente con Kesselring!

–Hágalo, coronel.

Holz había empezado a alejarse de Bora, pero cambió de idea y se volvió hacia él con un medio giro brusco de los talones.

–Si alguna vez deja a Westphal, haré que pague por esto.

Bora casi perdió la paciencia, pero se contuvo.

–Como desee, coronel.

La misma escena se repitió en Anzio, y desde allí por la costa hacia el norte.

–Se van a salir con la suya –gruñó Westphal mientras comían a toda prisa en algún lugar de la carretera, ya de vuelta–. Yo no les hago caso, pero el mariscal de campo les escuchará, desde luego. –Tenía un mapa desplegado sobre el maltratado capó del coche y tomaba un bocadillo mientras lo miraba.

Bora bajó la vista, en parte para ocultar la rabia que sentía por la respuesta que habían encontrado, y en parte porque empezaba a notar un dolor paralizante en el